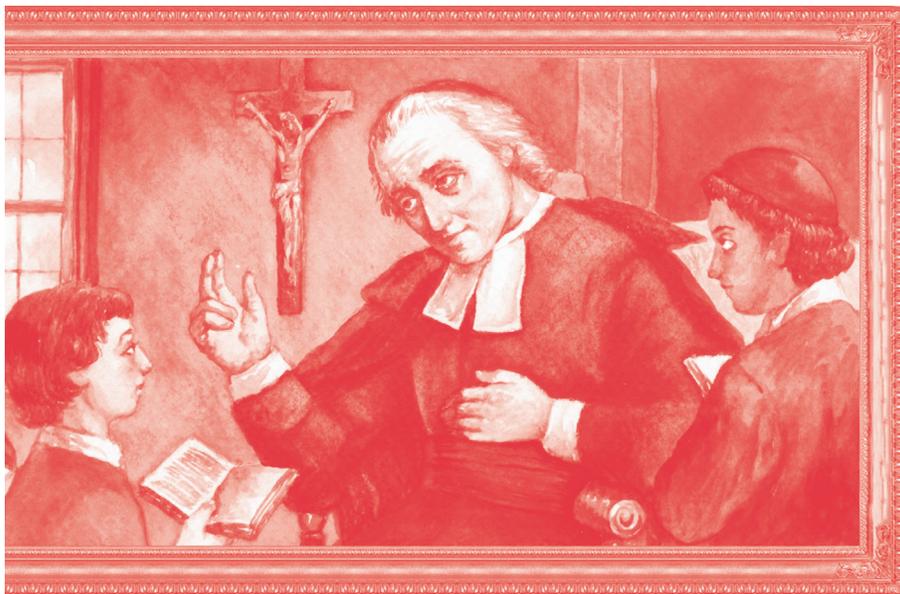




## *Capítulo 6. Ante el nuevo siglo*

El siglo XVII es el Gran Siglo de Francia en Europa, con hambre por dentro y guerras por fuera. Juan Bautista lo termina con una intensa actividad creativa. El Instituto había quedado ya definido y avanzaba como una nave en alta mar que lleva el viento de popa. Los desafíos del porvenir resultaban numerosos, pero los Hermanos respondían a la dinámica que alentaba a su Fundador.

La llamada hacia nuevas obras había sido constante. El símbolo del siglo había quedado marcado en el año 1699, en que se habían multiplicado las escuelas: San Marcelo, en la calle Ourcine; Seminario de Maestros de San Hipólito; dos escuelas en Chartres: la de la calle de Fosos del Príncipe, en Paris; la dominical de Paris; la



## *San Juan Bautista de La Salle*

### **HECHOS Y GESTOS DE UN MENSAJERO**

de Calais... Al Fundador le faltan Hermanos para satisfacer tantas demandas.... Sólo en París tenía ya 14 aulas y pasaban de 1.000 los escolares que se formaban en ellas. En la Casa Grande había tenido que establecer por primera vez ciertos oficios, pues ya no se daba abasto para tantas actividades con sólo la buena voluntad. Había secretario, ecónomo, enfermero, cocinero, portero... Es decir, se iban adoptando las formas organizadas de una sociedad importante.

Y, con el nuevo siglo, continuaron nuevas demandas y fundaciones. El año 1700 se estrenó con las escuelas de Chartres y de Calais, además de otras que se preparaban. Pero no todo fueron fundaciones. Como sacerdote, Juan Bautista realizaba determinados servicios apostólicos y sacerdotales donde se le pedía y él podía hacerlos. Fuera de las casas de los Hermanos, ofrecería sus servicios: confesiones, extremas unciones, misas, algunos exorcismos, algunas homilias dominicales y determinadas actividades de dirección espiritual. Incluso le llegan algunas demandas misionales. En Abril, el canadiense Francisco Charon le solicita Hermanos para Canadá, sin que llegara a cuajar el

proyecto. Los quería para las escuelas y para su Hospital. Se le hizo ver que el nuevo Instituto no iba por esos caminos, aunque si miraba con ilusión a las tierras del Nuevo Continente. En este año tomaron el hábito al menos catorce Novicios. Además, su actividad literaria no se detenía. Escribió, durante la primera parte del año, la “Regla del Hermano Director”.

Como la obra que se hacía era con toda evidencia obra de Dios, las cruces no podían faltar. Pronto surgieron las calumnias y los adversarios. El año de 1702 fue el comienzo de cierta sorda persecución en los ambientes cortesanos de la curia de París. Sufrió en silencio algunos desprecios y hasta circularon diversas calumnias ante el Arzobispo de París, Monseñor Luis Antonio Noailles. El prelado no hizo mucho caso, pues estaba alterado con los problemas que generaban en la Corte y también en Roma sus actitudes galicanas y jansenistas. Pero no era del todo orgulloso y miraba con simpatía a Juan Bautista y las escuelas para pobres que dirigía en la Diócesis.

Por su parte, el Fundador tenía bastante con ocuparse de los Hermanos, a los que escribía personalmente cada mes y de los que recibía consultas de forma continua. Eran ya veinte las obras, en seis localidades, las que debía seguir y animar. No obstante, entre el clero vanidoso de París no se le reconocía su mérito. Se le miraba como un pobre sacerdote de provincias, que no sabía llevar sus obras en una ciudad arrogante como París. Se le acusaba de obstinado, porque no cedía a cualquier demanda de cambio que le hacían quienes querían para sus parroquias sólo maestros y no “religiosos”. Es curioso por que se conserva un papelito de un vecino que decía “se le acusa de aceptar lo que le dicen los curas de San Sulpicio... pero es un buen tipo”. Su actitud era la del silencio humilde y paciente y dejar que las cosas se arreglaran con el tiempo, con tal de que las escuelas funcionaran bien cada día.

En ese año, acaso a mediados de Octubre, Juan Bautista. Después de mucha reflexión y de intensa oración, cumplió su sueño de mandar dos Hermanos a Roma. Más que sueño, era una intuición, un gesto, una lección silenciosa que quería dejar a los Hermanos. Envío dos de ellos, de confianza, a la ciudad de los Papas, a fin de que fueran testigos de la actitud de dependencia que el Instituto naciente adoptaba con respecto al Papa. Como signo de fidelidad a la Cátedra de San Pedro, los envió para





abrieran una escuela del Instituto. A primera vista, parecía una locura, una aventura imprudente, que cualquiera que conociera Roma le hubiera desaconsejado. Pero en este asunto él obró en clave de Providencia.

Eligió al Hermano Gabriel Drolín y a su hermano carnal Gerardo. Muy probablemente eran los mejores. Tal vez fuesen de familia desahogada de Reims. Parece que Gabriel había estudiado latín en el Seminario, donde había tenido un primer intento de ser sacerdote. Pero se había enrolado muy pronto, en 1684, en las escuelas de Juan Bautista. Gerardo acaso habría seguido el mismo camino, y parece que intentó ingresar en la Trapa. Era de personalidad inconstante y menos consistente que su hermano. Muy pronto regresaría de Roma, desanimado.

Los hechos confirmaron los pocos datos que sobre ellos aportaron los primeros biógrafos del Fundador. Gabriel permanecería constante veintiseis años en Roma y sería, en la Historia del Instituto, el mejor emblema de la fidelidad al plan del Fundador. Tardaría en lograr una escuela y durante años Juan Bautista le estará enviando dinero, que no tenía, para que pudiera sobrevivir. Al fin, logró una escuela pontificia y recibió una pequeña pensión, quince libras anuales, del limosnero pontificio.

A Roma llegaron en Noviembre. Llevaban una carta de presentación y recomendación de un canónigo amigo para el Cardenal César d'Estrées. En ausencia del prelado, su secretario José Francisco Gualtieri les orientó, protegió y acaso hospedó, entre la servidumbre del cardenal ausente. Así comenzaron su estancia en Roma. La de Gabriel fue larga. La de Gerardo muy breve, pues se desanimó y regresó en Febrero de 1703, al ser nombrado Gualtieri Obispo y marchar para Francia, en cuyo séquito él se integró para hacer el viaje con más seguridad.

Mientras los dos discípulos andaban estos pasos difíciles, Juan Bautista, el 2 de Noviembre, presentaba a la preceptiva aprobación del censor la impresión de nueve libros. Entre ellos estaban los "Deberes del Cristiano", el que es y será por dos siglos el catecismo de las Escuelas Cristianas. Lo presentó en forma de dos volúmenes en texto seguido y otro volumen en forma de preguntas y respuestas. Y acompañaban dos resúmenes en forma de catecismos escolares: uno muy pequeño, con 17 partes o temas breves; y otro mayor con 30 partes o capítulos. Revisó y terminó en esos meses el texto de la "Guía de la Escuelas Cristianas". Y es casi seguro de este año la "Memoria sobre la necesidad de enseñar a leer en francés", que definía en parte el estilo que se empleaba en sus escuelas y que redactó para un Obispo amigo que quería conservar la lectura en latín en las escuelas de su Diócesis.

En Noviembre, ante las quejas de un novicio tratado duramente por el Hermano encargado, que era el Hermano Ponce, se desató una persecución contra Juan Bautista. Enterado el párroco de la queja del novicio y, según sugiere el biógrafo Blain, explotado el caso en contra de Juan Bautista por "un adversario", se inició una campaña en su contra que pudo haber traído nefastas consecuencias. Recibieron la casa y la obra de las escuelas de París una "inspección" por parte del Vicario de la Diócesis, Señor Pirot. La Salle le recibió con respeto y cordialidad, pero sus informes debieron ser muy negativos para el gobierno de Juan Bautista. A éste se le ocurrió acudir al palacio episcopal a agradecer al Arzobispo Noailles su interés por los Hermanos y el prelado le comunicó de forma displicente que dejaba de ser Superior de los Hermanos por incompetente y que se nombraría a otro.

Aunque Juan Bautista calló con humildad ante tan inaudita decisión y nada dijo a los Hermanos, de inmediato se desencadenó un grave incidente. El Vicario acudió a la casa para nombrar a un sustituto, que probablemente nada tenía que ver con el asunto. Era un joven abate, llamado Bricot. Los Hermanos, reunidos en una sala, no daban crédito a lo que oían del Vicario. Advirtieron al clérigo, primero con respeto y, luego, a voces, que ya tenían superior y no necesitaban ni aceptaban a otro. El Vicario les amenazó y por unanimidad todos los que llevaban las escuelas anunciaron que se marcharían de su trabajo antes que aceptar otro que no fuera La Salle. El Vicario se marchó herido y frustrado en sus ingenuas pretensiones. Cuando Juan Bautista acudió al palacio para solicitar disculpas y prometer que lograría en breve que los Hermanos reflexionaran y obedecieran, recibió el desplante del orgulloso cardenal que lo dejó postrado en el suelo sin dignarse responderle.

Asustado el párroco Joaquín de La Chetardie, pues se quedaban de inmediato unos mil niños sin sus eficaces maestros, medió en el conflicto para suavizar la tensión. Logró una componenda con los Hermanos para salvar las apariencias. Los Hermanos aceptaron a Bricot como superior eclesiástico externo, con tal de que Juan Bautista siguiera siendo su verdadero superior. Con mano zurda todo quedó arreglado. Los protagonistas de la curia creyeron que habían triunfado. El pobre Bricot sólo una vez apareció por la casa, a los tres meses, “para saludar a los Hermanos”. Y el tiempo se encargó de hacer olvidar las heridas al amor propio de la curia, que por cierto tenía otros problemas más graves a los que atender.

Juan Bautista seguía produciendo nuevos escritos al servicio de las escuelas. De nuevo presentó a la aprobación preceptiva para su impresión, varios manuales de piedad: “Instrucciones y oraciones para la Confesión y la Comunión” y los “Ejercicios de piedad que se hacen en las Escuelas Cristianas”. Y tuvo que mejorar y corregir algo a finales del año sus “Deberes del Cristiano”, libro que pronto reclamó una segunda edición por la gran acogida que tuvo entre los cristianos, acaso por el gran tacto, claridad y respeto con que eran tratados los aspectos relacionados con la Iglesia y con el Papa, que en esos momentos tanto se debatían y originaban tantos conflictos en Francia.

En agosto tuvo que dejar la Casa Grande ante la imposibilidad de su compra, pues se había puesto a la venta y los inquilinos debían dejarla libre de forma inmediata. La hubiera adquirido, si hubiera tenido dinero, pero los Hermanos ganaban poco y comían lo justo; no se podían permitir ningún gasto especial. Eran pobres.

La comunidad se fue otra casa, en la calle Charonne. Mientras, allá lejos, en la ciudad pontificia, que no francesa, de Avignon se abría otra escuela, también se iniciaba en esa calle Charonne otra “academia” dominical, lo que provocaba otra reacción airada y persecutoria de los maestros calígrafos. Lograron que La Salle fuera de nuevo condenado y tuviera que cerrar el aula abierta en Charonne y paralizar la escuela de Maestros que pretendía establecer a sus expensas. La lucha, las condenas, los obstáculos, los recursos le perseguían. Y, por si fueran pocos los enemigos externos, ente los celosos sacerdotes que le rodeaban, que tales eran, había hacía él una visceral oposición. Así se ocupó todo el año siguiente de 1704.

Y el año 1705 no se presentó mejor. Siguieron los pleitos de los maestros calígrafos. Siguió la incomprensión de la obra de “los Hermanos”, aunque se admiraba y apreciaba la “obra de las escuelas”. Juan Bautista, con firmeza, esta orientado el Instituto a ser un grupo religioso, consagrado, de personas disponibles para “ir a cualquier lugar a que fueran enviados y para desempeñar en dicha sociedad el empleo a que fueren destinados”. Y los clérigos de las parroquias estaban empeñados en que eran maestros, sin más, y que resultaban imprescindibles y, por lo tanto, que no debían salir de la parroquia, que malamente les daba de comer.

Comenzó el año cambiando la residencia de los Hermanos a la Calle San Antonio. La Salle fue con tres sacerdotes a vivir a la calle San Honorato, donde se abrió por su cuenta la escuela de San Roque. Los sacerdotes eran aquellos que habían estado con él en la Casa Grande para ayudar en la obra. Eran más bien pobres y acaso Juan Bautista quiso separarlos de los Hermanos y separarse un poco a ver si los adversarios se calmaban.

Cuanto más crecían las dificultades, más parecía que Dios se complacía en bendecir la obra. Ofrecía a los perseguidos signos de esperanza en otros ambientes distantes de París. Pero en la capital aumentaban las intrigas y rivalidades. Como consuelo especial, surgió un balón de oxígeno enviado por la Providencia. En Marzo, el Arzobispo de Ruan, Santiago Colbert, llamó a los Hermanos, que ya trabajaban en Darnetal. Les pidió poder hablar con el Fundador, pues quería abrir varias escuelas. La Salle se apresuró a viajar a Ruan, una vez que fue informado. El entendimiento fue total. Se decidieron nada menos que cinco escuelas: El Asilo, San Maclou, San Godardo, S. Viviano, San Eloy. Será el comienzo de la gran obra de los Hermanos en aquella Diócesis y ciudad.

La Salle intuyó que Dios le daba un respiro y le abría una sede estable y tranquila para poder reposar entre ataque y ataque de los que surgían en otros lugares. Sintió que Dios estaba cerca.

Y, sobre todo, la bendición llegó con el alquiler, primero, y la compra, más adelante, de una sede amplia para poder reunir a los Hermanos y atender mejor a los enfermos y a los que fueran haciéndose mayores. El 11 de Julio alquiló la casa de San Yon, en adelante nueva sede matriz del Instituto naciente. Era una casa grande, con una finca generosa, en un ambiente respetuoso. No estuvo del todo limpia problemas la tal compra, pues el párroco de San Severo, la parroquia a la que pertenecía la casa en el arrabal de Ruan, reclamaba su presencia dominical con los feligreses. Las cosas se complicarían cuando hubo internos, enfermos y, sobre todo, “presos” en el centro que se puso para penados por la justicia.

Con todo allí se pondrían las mejores y más variadas obras del Instituto. Y allí terminaría su peregrinación terrena el mismo Fundador. Al estar lejos de las intrigas de París, que tanto amargarían la última etapa de la vida del Fundador, los Hermanos podrían vivir tranquilos y los Novicios podrían formarse convenientemente. Por eso, de inmediato, a finales de Agosto, el Hermano Bartolomé y seis novicios se dirigieron desde París a la nueva sede de San Yon. Los Hermanos lograron la compra de la casa poco después de la muerte del Fundador.

Desde Roma, La Salle recibía carta de Drolin, donde le comunicaba que “ya tenía una escuela pontificia”, es decir apoyada por una limosna de la autoridad del Papa. Le respondía el 27 de abril de 1705 con gran regocijo: “Me ha causado mucha alegría su carta, pues ya ejerce Vd. las funciones de su estado... Yo tengo una gran confianza en Vd... Sé que nunca haría lo que hizo el Hermano Nicolás [Vuyart]... Ha hecho bien en ir lejos de las escuelas pías... Trabaje por tener el espíritu de su Instituto y Dios le dará sus gracias con abundancia” (Carta 17).

Otras escuelas fueron surgiendo: Grenoble y Dijon, entre otras, pero ya fuera de París, donde tan encarnizada era la guerra que hacían los maestros calígrafos y tantas las condenas dictadas.

Hacia comienzos del 1706 se inició en San Yon un tipo de colegio internado para niños que pagan una pensión. Era una fuente de ingresos para la casa y para el alquiler de la propiedad de siete Hectáreas. También abría a sus expensas una escuela de caridad en la misma casa. Un poco más tarde iniciaba una sección en la casa para jóvenes libertinos, que eran encerrados por sentencias judiciales o por el deseo de sus padres. La casa de San Yon, en pocos meses, se transformó un semillero de iniciativas y servicios verdaderamente admirables.